

RAMON PEREZ DE AYALA.—“Principios y finales de la novela”.—Editorial Temus.—Madrid, 1958.

En el año pasado se han publicado dos libros de Ramón Pérez de Ayala. Se titula uno “Divagaciones literarias”, y el otro “Principios y finales de la novela”. El hecho, en sí, tiene indudable importancia. Desde hacía mucho tiempo Ramón Pérez de Ayala, escritor de primerísimo orden, no había vuelto al libro. Desde 1930 si incluimos en su bibliografía “El Libro de Ruth”, colección de diversos trozos de tendencia ensayística seleccionados de sus novelas, o desde 1926 si el jalón inicial del computo lo fijamos en “El Curandero de su honra”, lo que, desde luego, es mucho más racional. (Prescindimos para el cálculo de las novelas cortas “Justicia” y “La Revolución sentimental”, publicadas entre esas dos fechas). Pérez de Ayala es hoy, con Azorín, entre los vivos, el escritor más prestigioso de las letras españolas, con un prestigio ganado en plena juventud y apenas acrecentado en la madurez.

En la obra de Pérez de Ayala es preciso distinguir dos facetas que corren a lo largo de toda ella y, en cierto modo, al homogeneizarse, la condicionan. De una parte tenemos al ensayista; de otra parte, a veces difícil de diferenciar, al novelista. ¿En cuál de ellas su talento de escritor se mueve con más holgura? Si dejamos a un lado algunas novelas primerizas y “Luz de domingo”, se puede afirmar que sus méritos más relevantes descansan en lo que podríamos denominar novela conceptual o intelectualizada. “Belarmino y Apolonio”, “Luna de miel, luna de hiel”, y “Tigre Juan”, son, por muchos aspectos, los tres grandes triunfos novelísticos de nuestra literatura moderna. En esas tres novelas existen, admirablemente conseguidos, los elementos básicos, radicales, de la novela como género literario: personajes y ambientes, fundidos, además, de tal forma que cada uno de ellos, por separado, presupone la existencia del otro. Tienen, también, equilibrio de situaciones y profundidad de pensamiento. Es decir: los ingredientes técnicos y estilísticos que definen el “organismo” novela en su más alta acepción. Pero en las tres narraciones, sustentando y fertilizando la anécdota, descubrimos un propósito ajeno a lo puramente literario, de fuerte trabazón in-

telectual. El desarrollo argumental de cada una de ellas aparece engarzado a las sucesivas fases de un determinado ensayo: las relaciones de la filosofía y la literatura, el despertar o la vida erótica de la juventud, y la vigencia espiritual de Don Juan.

En muchos aspectos, y esto ya se consideró repetidas veces, hay ciertas afinidades entre nuestro escritor y Aldous Huxley. En primer lugar la vasta cultura que ambos exhiben, o permiten adivinar, en sus escritos. De otra parte la inclinación a la novela-ensayo de los dos. Pero mientras el autor de "Contrapunto" se deja caer bastante a menudo por el tobogán de la frivolidad—recordemos en prueba de ello, para dar un solo botón de muestra, uno de sus últimos libros: "Las puertas de la percepción"—, Pérez de Ayala se aferra cada vez con mayor ahínco con una más reflexiva seriedad, a los valores sustanciales de la moral. Y son precisamente esos valores morales, aplicados a la estimativa literaria, los que sobresalen en el libro que va a ocupar ahora nuestra atención: "Principios y finales de la novela".

"Principios y finales de la novela" está constituido por una serie de ensayos breves que vieron la luz por primera vez, desde 1952 hasta 1957, en el diario madrileño "A. B. C.", relativos todos a temas literarios y filosóficos. Aparecen estos ensayos agrupados en dos tandas. La primera, que es la que otorga el título al libro, a excepción de la última parte, dedicada a exponer y comentar el pensamiento filosófico de Lord Bacon, se orienta hacia temas novelísticos en su evolución histórica. La segunda tanda se dirige a los problemas afines al oficio de escritor, y a las relaciones de éste con el lector.

Si nos paramos a regatear el valor de los distintos artículos que forman la primera parte del libro, nuestro criterio se inclina decidido a los siete capítulos dedicados a Dickens. En ellos no sólo encontramos abundante información pertinente a la vida del escritor, sino que escuchamos también agudos juicios sobre su obra, sobre todo en lo que se refiere a sus creaciones juveniles, a su parentesco ideológico con Fielding y con Richardson. A través de estos tres escritores señala Pérez de Ayala la influencia cervantina en la novela moderna y la fija de un modo concluyente en el creador de Pickwick. Uno de esos capítulos se

titula, precisamente "La lente quijotesca y la visión del mundo en Dickens". Señala cómo algunos personajes de esos tres novelistas tuvieron, por persuasión cervantina, en su evolución psicológica, semejante génesis que Don Quijote. Esos capítulos, en conjunto, constituyen el estudio más penetrante dedicado a Dickens por un español.

Si dividimos en dos partes, siguiendo su enunciado, el título de esta tanda de artículos, los principios de la novela aparecen en los tres escritores citados —a Fielding y a Richardson dedica dos ensayos del volumen—, y los finales en Joyce. La novela psicológica que tiene su canto de alborada en Fielding y en Richardson, fenece en las "situaciones límites" de Proust y de Joyce. En el primero la psicología de los personajes se atomiza en grado superlativo, demorándose en todas las nimiedades de su estructura. En el segundo, marcando un nuevo paso hacia adelante, los personajes se meten dentro de la "psicología", son puras abstracciones psicológicas, y la novela, ya totalmente "desnovelizada", se convierte en un engendro conceptual y arbitrario, de dudoso buen gusto. Después de estos escritores, para volver al buen camino, al camino de la salud moral, sería conveniente, nos dice el ensayista, sumergirse en las blandas y acariciadoras linfas de la novela rosa.

El resto de los capítulos de esta parte del libro están dedicados a Maupassant, a Quevedo y a Hobbes, a Carlyle, y, como ya dejamos dicho, a Lord Bacon. En la segunda parte, mucho más corta, los temas tratados se inclinan a la generalidad y al discreto literario. Son cinco bellos ensayos, de los que sobresale, por su intención y profundidad, el titulado "Sobre las fementidas biografías noveladas".

"Principios y finales de la novela" no es sólo un libro singular por el valor de sus noticias y por la ecuanimidad de los juicios que en él se exponen. Tiene otra virtud. Una virtud extraña, sobre la que convendría dejar correr el pensamiento. Todos los escritos en él recogidos aparecieron—más arriba quedó anotado—en un periódico madrileño. Nos eran, por lo tanto, conocidos. Y, sin embargo, al releerlos agrupados en libro nos parecen casi nuevos, y, desde luego, más ágiles y espontáneos, más cargados de significación. Y es que los ensayos, al igual que las personas y las cosas, tienen también su circunstancia. Es muy probable

que un carrillón suene mal en una humilde ermita. Su sitio es la catedral. Por igual motivo se puede afirmar que el sitio indicado para los ensayos de Pérez de Ayala no es el periódico: piden y exigen el libro.

J. VILLA PASTUR

GIL GONZALEZ DAVILA.—*Teatro Eclesiástico de la Santa Iglesia de Oviedo*.—(Madrid, 1959.—José Porrúa Turanzas, Editor.—Un vol. de VIII+116 págs.—Edición de 525 ejemplares).

De Gil González Dávila sabemos que fue canónigo de Salamanca, cronista de Castilla (nombrado en 1612) y cronista oficial de Indias desde 1641 hasta 1658, año de su fallecimiento. Sabemos también que historió el reinado de Felipe III por encargo de su hijo y sucesor, resultando su trabajo (al decir de Sánchez Alonso) “discreto, puntual, con gran acopio de documentos oficiales, escrito con sencillez y corrección”. Especialista en historia eclesiástica, G. D. compuso un *Teatro eclesiástico de las Indias* (Madrid, 1649-1655, 2 vols.) y otro *de las Iglesias de España* (Madrid, 1645-1650, 3 vols. y un cuarto que quedó inédito). En el tercero de esos tomos se incluye el relato de la historia de la Iglesia de Oviedo, que, como volumen exento, había visto la luz (primera edición) en 1635 (Madrid, impr. de F. Martínez).

No olvida nuestro historiador ningún extremo atañente más o menos de cerca al asunto que ha tomado entre manos; por eso advertimos que comienza con una descripción de la ciudad de Oviedo, cabeza de la diócesis, y sigue por los ríos del obispado, las fuentes “con virtudes maravillosas”, metales y piedras preciosas que en su territorio “se crían”, o sus villas notables y sus puertos marítimos. Después, historia no eclesiástica: batallas contra los moros, reyes y reinas de Asturias. Finalmente, la historia propiamente eclesiástica, que llena el resto de sus páginas: reliquias conservadas en iglesias de la diócesis, conventos y abadías, obispos que ocuparon la sede ovetense, etc.